

LAS MUJERES DE LA CLASE MEDIA COMIENZAN A ORGANIZARSE

El feminismo tuvo su origen, como el socialismo, en la enmarañada y confusa respuesta de hombres y mujeres al capitalismo. El feminismo protestaba contra la continuación de la dominación del hombre sobre la mujer. Pero contenía, sin embargo, una ambigüedad esencial, ya que el ataque feminista a la continua posesión de la mujer por parte del hombre no implicaba necesariamente un rechazo de la propiedad privada de capital o del sistema de salarios. Por el contrario, las mujeres bien podían solicitar ser admitidas dentro de ese sistema en términos de igualdad, pero esto significaría que los hombres de todas las clases debían afrontar la competencia de las mujeres. También se destruiría, así, la imagen de la clase media de la mujer y la familia como refugio ante la hostil competitividad del mundo exterior. El modelo de libre mercado y de las células económicas en libre competencia requería sentimientos para su cohesión, siempre y cuando esta emoción fuese mantenida en su sitio adecuado. De otra manera, el hombre burgués se quedaba con un mundo hobbesiano que se disolvía bajo su propia racionalidad.

Las clases medias victorianas encontraron este sentimiento en sus mujeres envueltas en crinolinas. La esposa victoriana vivía literalmente aislada de las fuentes de prosperidad de su marido. A medida que el siglo avanzó, no sólo las ropas de las mujeres aumentaron en lujo y profusión, sino que también las casas se hicieron más amplias y recargadas. Era el signo visible de la fortuna y la seguridad del hombre de clase media. El número de sirvientes se multiplicó, y hacia la década de 1870 había quejas de que las mujeres ya ni siquiera se ocupaban de supervisarlos. Aunque las circunstancias vitales de las mujeres de la clase media mejoraron con el creciente poder de sus maridos en la sociedad, su relación era de una dependencia económica cada vez ma-

yor. En este sentido, el patriarcado se vio reforzado. Las mujeres eran parte de las pertenencias del hombre; el ocio, el signo de su conspicuo consumo.

Sin embargo, esta situación había apenas dado muestras de desarrollarse cuando algunas mujeres empezaron a considerarla intolerable. Ya en las décadas de 1830 y 1840 las mujeres habían comenzado a cuestionar su relación con los hombres y su posición en la sociedad, no porque quisieran transformar las formas de dominación, sino porque pretendían mejoras determinadas que, en apariencia, eran compatibles con el capitalismo. Una ex gobernanta, Anna Jameson, observó que era absurdo educar a las niñas para que fueran "rosas" y luego enviarlas a pasar su vida en una zona ártica⁶⁸. Evidentemente, la situación de la mujer era incongruente. Unos años más tarde, Anne Lamb criticó la idea de esferas de influencia para las mujeres, y la manera en que éstas eran tratadas como niños, ángeles o juguetes para ser abandonadas cuando dejaran de divertir.

Un nuevo ideal de la relación entre hombres y mujeres, reminiscente del ideal puritano y de las ideas de Defoe sobre las esposas como compañeras, apareció muy claramente a mediados de siglo. En *The Princess*, de Tennyson, el anciano afirma la noción tradicional del patriarcado. La mujer, una vez prometida, era una propiedad que debía ser tomada por la fuerza si se resistía. Pero el joven quiere poseer a la mujer orgullosa e independiente de un modo diferente. Quiere poseerla a través de sus sentimientos y la subyuga con un beso. El héroe burgués victoriano representaba de este modo al "esclavo que domina a la tiranía"⁶⁹.

A medida que se desarrolló la idea del matrimonio como una forma de compañía, el poder patriarcal directo se hizo inaceptable para muchas mujeres de la clase media, en un momento en que su dependencia económica de los hombres iba en aumento.

Las similitudes entre el esclavo como propiedad y la mujer como propiedad surgieron gracias a los movimientos abolicionistas. En 1840 se llevó a cabo en Londres una conferencia en contra de la esclavitud, y a pesar de que Lucretia Mott y Elizabeth Stanton eran delegadas de los Estados Unidos, un voto recogido durante la conferencia excluyó a las mujeres de la discusión. Esta decisión provocó antagonismo. Queda aún por explorar el nexo entre el movimiento inglés en contra de la esclavitud y las organizaciones feministas subsecuentes. En América, esa relación era muy estrecha. Aunque menos importante que en los Estados Unidos, en Gran Bretaña la misma ha sido, probablemente, muy subestimada.

A medida que fueron apareciendo informes sobre las condiciones

de las mujeres en la industria, y especialmente el de 1842 sobre la situación en las minas, la noción sobre la incapacidad y delicadeza femeninas pareció cada vez más absurda. En la novela *Shirley*, de Charlotte Brontë, la heroína ansiaba tener una ocupación —aun cuando ésta la hiciese aparecer tosca y masculina— en vez de la vida vacía, aburrida y solitaria de una mujer de su clase. De esta desesperación provocada por su inutilidad provino la energía de las mujeres de la clase media, que se afanaban patrocinando obras de caridad. Mínimamente, se las consideraba intrusas; y a lo sumo, encontraban una especie de paz a través de la actividad y aprendían a respetar a los obreros a quienes intentaban reformar. Pero seguían siendo extraños. Hoy resulta difícil imaginar el abismo entre ambos grupos sociales. Los valores culturales y el estilo de vida de la clase media en el siglo XIX estaban tan alejados de los de las clases trabajadoras como lo estaban de los de las tribus africanas que esta misma clase media se dedicaba a conquistar y “convertir”. De hecho, se veían a sí mismos como colonizadores que ganaban a los obreros para la civilización —su civilización de ahorro, abstinencia y esfuerzo en el trabajo. A mediados del siglo XIX, la mayor parte de la clase media que se ocupaba de obras de caridad seguía creyendo que la desigual distribución de bienes estaba justificada por los fracasos personales de los pobres y por la ley económica. La pobreza estaba íntimamente relacionada con el pecado. No obstante, dentro de las limitaciones de este esquema, se empezaba a buscar un enfoque “científico” de la caridad. Cautelosamente, las mujeres empezaron a argumentar en las reuniones de la National Association for the Promotion of Social Science que ellas deberían ser educadas para las obras de caridad.

“Ha llegado el momento de abogar por el entrenamiento industrial de las muchachas de las clases bajas. La necesidad del mismo es asimismo grande entre las muchachas de las clases altas”, declaró una tal Austin en una conferencia de la asociación en Birmingham, en octubre de 1857. Aducía que las mujeres educadas debían ser asignadas a la administración de los talleres compuestos por personal femenino, y que debían organizarse comités de damas visitadoras (había ya uno en el oeste de Londres). Opinaba que esto no sólo mejoraría las condiciones de las mujeres y muchachas de los talleres, sino que también proporcionaría una salida a “la necesidad de trabajo práctico” que “nos afecta a todas”. Observó que no sólo las señoras estaban ociosas y se sentían inútiles, sino que también las mujeres e hijas de obreros enfrentaban esa situación.

Las jóvenes de esta clase no se ocupan, como antes, exclusivamente de las tareas del hogar, como se las denomina, y han dejado de seguir el antiguo camino de sus abuelas en el cuidado de la casa y la familia.⁷⁰

La idea de que el servicio social era una tarea secular y científica que requería sus propias investigaciones y su propio aprendizaje, antes que un deber religioso basado en la pureza espiritual, empezó a echar por tierra algunas de las antiguas nociones sobre la caridad. Los congresos de la National Association for the Promotion of Social Science proporcionaron una salida intelectual a las mujeres que participaron en ellos, y fueron los primeros terrenos de prueba para los talentos de muchas de ellas que más tarde se convertirían en activas feministas.

En el siglo XIX las mujeres empezaron a promover ciertas reformas en particular, no porque se considerasen feministas, sino porque las circunstancias de su propia vida las obligaban a protestar. Por ejemplo, una mujer de la aristocracia, Caroline Norton, luchó incansablemente por limitar el control de los maridos sobre sus esposas. Su marido alcohólico, a quien ella había abandonado, le impidió ver a su hijo moribundo. En el año 1839 se declaró en el Parlamento que, en ciertos casos, los hijos no eran propiedad de su padre. Otro decreto, de 1858, permitía que una mujer que abandonaba a su marido retuviese todo lo que había heredado, o bien aquello de que había sido propietaria después de su separación. Las mujeres casadas no se beneficiaban todavía de esta legislación. Sin embargo, eventualmente se les permitió retener sus propias ganancias, y en 1882 alcanzaron finalmente la propiedad independiente de sus pertenencias particulares.

Pero mientras se eliminaba parte del poder legal del patriarcado, el control de los hombres sobre las mujeres en la sociedad era evidente en la educación, el trabajo y la política. La larga lucha de las mujeres por el ingreso en escuelas y universidades fue desesperadamente lenta.

El voto parecía ser la clave. Si las mujeres pudiesen votar, podrían cambiar las leyes hechas por el hombre. El movimiento de la clase trabajadora en pro del derecho político dio pie a la esperanza de que pudiese incluirse a las mujeres. Cuando J.S. Mill, autor de *The Subjection of Women*, se convirtió en miembro del Parlamento, introdujo una enmienda al Reform Act de 1867, por la que se sustituiría la palabra "hombre" por el término "persona". Cuando se la vetó, los partidarios del sufragio de la mujer iniciaron un pleito legal para establecer que las palabras del género masculino incluían legalmente a las mujeres. En Manchester, la Suffrage Society inició una amplia campaña para inducir a las mujeres a que se unieran a este movimiento, pero los jueces decidieron que sólo en casos de castigo y obligaciones quedaban las mujeres incluidas dentro del término "hombre". El patriarcado permaneció incólume. Se presentó otro proyecto de ley, pero fue bloqueado por Gladstone. Las mujeres debieron esperar hasta 1884

para que el tema se presentara una vez más ante el Parlamento, cuando se introdujo un nuevo proyecto de ley con el fin de ampliar el derecho político. Gladstone amenazó con bloquear la totalidad del proyecto de ley si no se eliminaba la enmienda sobre la mujer. A finales de la década de 1880 hubo otro proyecto de ley, pero una vez más las mujeres se vieron defraudadas. No se las incluiría en el derecho político al mismo tiempo que el obrero. El movimiento militante feminista tendría su origen en estas derrotas constitucionales.

Ya en 1889, exasperado por la cautela de las dirigentes del movimiento sufragista, se formó un nuevo grupo, la Women's Franchise League. Entre sus miembros se contaba Emmeline Pankhurst, alentada por su marido, Richard Pankhurst, aunque no se atrevía aún a hablar públicamente. La Franchise League se hizo cargo de los derechos de las mujeres casadas. Las feministas habían tendido a procurar reformas para las mujeres solteras — las fracasadas — llegando a excluir a las casadas de su demanda por el voto. La League promovía la completa igualdad de la mujer en el divorcio, la herencia y la custodia de los hijos. La política de la League era radical liberal, aunque los Pankhurst ya habían tenido algún contacto con el movimiento socialista, y pronto se unieron al Partido laborista independiente.

NOTAS

68 John Kilham, *Tennyson and The Princess: Reflections of an Age*, Londres, 1988, pp. 13-114, 134-135.

69 Tennyson, *The Princess*, citado en *ibid.*, p. 138.

70 "Workhouses and Women's Work," reimpreso en *Church of England Monthly Review*, Londres, 1958.